

apreciación crítica de la interpretación en conjunto del material arqueológico y las fuentes textuales antiguas. La Biblia aparece como obvio testigo privilegiado que viene a completar los aspectos oscuros que la labor arqueológica no puede iluminar –i.e., “*creemos que la clave para tratar de comprender la situación de Jerusalén en la etapa inmediatamente anterior a la conquista de David, está contenida en un texto del libro de los Jueces [...]*” (p. 64)–, y, en mayor medida, el autor se mantiene lejos de los recientes debates que han girado en torno a la historicidad de los relatos bíblicos y su pertinencia para la historia de Israel y de Palestina en la antigüedad. Por otro lado, es notable la importancia secundaria que posee Jerusalén bajo dominio árabe y otomano (especialmente), y luego judío, en contraposición al extenso tratamiento de más de 300 páginas que el autor ofrece de la Jerusalén de tiempos bíblicos hasta la del cristianismo bizantino. Es cierto que el propio González Echegaray confiesa la tendencia de la obra –“*desde la perspectiva cristiana, dentro de la cual se enmarca este libro, la presencia de Jesús en la vieja ciudad constituye el centro de toda la historia*” (p. 257)–, pero un tratamiento más equilibrado de los diferentes períodos históricos de Jerusalén le hubiera conferido al libro una mayor valoración, en ánimo de pagar tributo a la siempre deseable –aunque inalcanzable por completo– objetividad académica, y un carácter menos evidente de erudito manual cristocéntrico. Aun así, y a sabiendas de estos detalles, el libro no deja de ser una excelente introducción a la larga historia de la ciudad “tres veces santa”, centro espiritual por excelencia del Occidente judeocristiano.

EMANUEL PFOH

*Universidad Nacional de La Plata*

CATHARINE H. ROEHRIG, RENEE DREYFUS y CATHLEEN A. KELLER (eds.), *Hatshepsut: From Queen to Pharaoh*, New York, The Metropolitan Museum of New York Series– New Heaven and London, Yale University Press, 2005, pp. xv + 340. Con mapas, planos, fotos a color y en blanco y negro, apéndice y glosario. US\$ 65,00. ISBN 0-300-11139-8.

Una mujer al frente del reino egipcio, aunque peculiar, no fue ni el primer caso ni el más conocido –al menos para los lectores modernos– de la historia egipcia. Pero si de reinas se trata el nombre de Cleopatra VII es el que viene a nuestra memoria antes que cualquier otro. Sin embargo, Hatshepsut fue aún más influyente que aquélla. Evidencia de esto es la “explosión de creativi-

dad artística” de su tiempo, en su templo funerario *Djeser Djeseru*, al oeste de Tebas, en Deir el-Bahari. El estilo innovador y la variedad de recursos son una muestra, a su vez, de los contactos con las zonas vecinas: Nubia, el Mediterráneo Oriental y el Egeo. Sin embargo, Hatshepsut desapareció de la memoria histórica egipcia, de manera tan efectiva que sólo nos quedan vagas referencias a su gobierno. Es por ello que su “reputación en la historia” es ciertamente pobre, y podemos rastrearla por intermedio de Manetón, quien la menciona bajo otro nombre –Ahmesis–. Aún hoy resulta controversial indagar sobre varios aspectos de su reinado, dado que las referencias sobre ellos son vagas y confusas. Después de presentarnos a Hatshepsut, el libro ofrece a lo largo de seis capítulos diversos aspectos de este gobierno bajo la lupa de renombrados especialistas. Todo ello confluye en un catálogo que reúne discusiones académicas junto al despliegue del estilo artístico que caracterizó al reinado de Hatshepsut.

Dividida en distintos capítulos temáticos, la obra es una compilación que presenta discusiones académicas asociadas al despliegue artístico que caracterizó al reinado de Hatshepsut. Los rasgos generales de Hatshepsut y su reinado aparecen delineados en la introducción, dejando en claro que la obra no está orientada al lector especializado únicamente. “*Setting the scene*” es el título del capítulo primero, donde A. Roth rastrea los antecedentes históricos que sirvieron de modelo a Hatshepsut al asumir su gobierno. Entre ellos la autora menciona a los reyes, a las madres de reyes y a las reinas regentes. Ante la minoridad de su sobrino, Tutmosis III, hijo de una reina menor -Isis- también esposa de Tutmosis II, Hatshepsut se coronó en el trono de Horus como “rey”. E. Russman proporciona un trasfondo artístico para el surgimiento del estilo tutmósida en la escultura y el relieve, prestando atención a elementos como el arcaísmo y la progresión de la escultura tanto de figuras regias como de aquellas que no lo eran. Siguiendo en la línea del contexto cronológico que propone este primer capítulo se hace hincapié en el estado de las relaciones culturales de Egipto con sus vecinos. W. Vivian Davies provee una descripción de los hechos transcurridos desde la descentralización del poder con la llegada de los hicsos y la toma de la Baja Nubia por los reyes de Kush hasta el surgimiento de la dinastía XVIII, al igual que detalles sobre la relación con la posterior Nubia colonial y los fenómenos culturales derivados de ella. Tratando el vínculo con el Cercano Oriente, C. Lilyquist repara en tres registros particulares: la tumba de Maiherperi, las posesiones encontradas en los entierros tebanos y los recipientes cerámicos que presentan rasgos esculturales. En los primeros dos casos se detallan objetos que sugieren la influencia oriental, mientras que en el tercer caso se hacen referencias de corte estilístico. En la misma línea, C. Roehrig se refiere a la tumba de Maiherperi y lo referente al

trabajo en vidrio en la época. M. Bietak, haciendo hincapié en las relaciones mediterráneas, comenta sobre lo ocurrido con Avaris tras la expulsión de los hicsos. Presenta una descripción del sitio arqueológico y, más importante aún, del hallazgo de influencia minoica en representaciones gráficas al igual que ciertos patrones decorativos y estilísticos similares a los que han sido encontrados en Grecia. Finalizando el capítulo primero, James P. Allen presenta el significado teológico del dios Amón y su fusión con Ra en el marco temporal del reinado de Hatshepsut, al igual que la mención del rol de éste en la legitimación regia.

El capítulo segundo se refiere a la corte que acompañó a Hatshepsut durante su gobierno. En primer lugar, P. Dorman trata sobre la metamorfosis de Hatshepsut, quien pasó de princesa a “esposa del rey” en tiempos de Tutmosis II, hasta coronarse, finalmente, en el año VII “rey” con forma masculina. Pudo hacerlo por la descendencia directa de su padre, el primero de los tutmósidas de la dinastía XVIII y por la elaboración de la mitología de su predestinación a través de un oráculo de Amón–Ra. Esto permite considerar que su actitud “*no fue una usurpación del poder real (sino) el resultado final de un experimento sin precedentes en el que se exploró la posibilidad de que una mujer de la corte ascendiera al trono egipcio*” (Dorman, p. 88). C. Keller, por su parte, apoya estos argumentos al mencionar que Hatshepsut no habría adoptado los atributos del rey masculino por ambición política, sino que ante la ausencia de convenciones diplomáticas o políticas, ella encontró la salvación por la vía artística, por un lado, a través del énfasis en restaurar la tradición (Templo de Hathor), y por otro, al recalibrar los calendarios y al re-institucionalizar las celebraciones cúllicas y los festivales. Keller explica la retórica imperial de Hatshepsut, evidenciada en su campaña a Nubia, y en los cambios en la administración de sus predecesores. Finalmente, los cambios institucionales de “la corte real” oscilaron entre la mayor complejidad burocrática, la incorporación de una armada regular, y el establecimiento de oficiales a cargo de la administración colonial del oeste Asia y Nubia. Todo ello dirigido desde, por un lado, la ciudad de Tebas -donde se hallaban el palacio real y los templos- y, por el otro, Menfis, en el rol de capital administrativa. Una vez presentado el contexto y la corte de Hatshepsut cobran relieve las manifestaciones monumentales, en el capítulo tercero “*Hatshepsut’s building projects*”. Si bien construyó templos en el norte (Beni Hasan) y en el sur (Nubia), su mayor esfuerzo, según lo explica D. Arnold estuvo centrado en la ciudad de Tebas; en su artículo no solo se detallan aspectos arquitectónicos, sino que también se lo relaciona con los cultos a los diferentes dioses y cómo esto afecta a los motivos estéticos y estructurales del templo de Deir el-Bahari. Por su parte, C. Keller se refiere a las estatuas y el motivo de su representación

femenina y, de manera más tardía, su apariencia masculina como método de legitimación. El estilo artístico de este gobierno quedó evidenciado, además, en las artes decorativas mencionadas en el capítulo cuarto, “*Decorative Arts: Jewellery*”. Estas abarcan todo tipo de elementos tales como cosméticos (D. Craig Patch), cerámica y recipientes de piedra (S. Allen), vasijas con forma humana (C. Roehrig), vasijas con forma de animales, trabajos en metal, mobiliario y carpintería (R. Dreyfus). Los sucesos posteriores a la muerte de Hatshepsut son presentados con un sugestivo título para el capítulo quinto: “*The Proscription*”. Sin embargo, autores como J.P. Allen demuestran que la memoria del reinado de Hatshepsut habría quedado intacta hasta el año 42 del reinado de Tutmosis III. A fin de responder porqué Tutmosis III inició acciones para eliminar la memoria del reinado de Hatshepsut veinte años después de su muerte, P. Dorman observa la extensión y la naturaleza de las alteraciones del nombre y la figura de la reina. Los ataques fueron directos a sus representaciones como “rey”, bajo el nombre de *Maatkara*. Por su parte, D. Arnold considera que “*no parece haber sido una manifestación de resentimiento personal hacia su predecesora, sino que fueron brutales fuerzas de antagonismos políticos todavía muy vivos dentro de Egipto casi cien años después que los tebanos pelearan por la supremacía contra los hicsos en el norte y con los nubios en el sur de su territorio*” (Arnold, p. 274). Y, por último A. Roth explica detalladamente distintas técnicas utilizadas para lograr la destrucción de las estatuas de Hatshepsut de Deir el- Bahari.

Por último, el capítulo sexto bajo el título de “*The Aftermath*”, muestra de la mano de J. Lipinska, las características del templo de Tutmosis III en Deir el- Bahari. D. Arnold, en cambio, presenta una cronología relacionada con su templo mortuorio con posterioridad a su gobierno, y, finalmente C. Keller, rastrea la exclusión de la reina de ciertos documentos, y considerando que su memoria se mantuvo por fuera del ámbito de la oficialidad, permitiendo a Manetón mencionarla aunque bajo el nombre de Ahmesis. Luego, la autora se refiere a cómo la ignoraron los autores clásicos, y su recuperación por parte de Champollion en el siglo XIX. Diversas interpretaciones acompañaron el nombre de Hatshepsut a lo largo de la centuria siguiente, pasando de escenarios de intriga y romance con su cortesano Senenmut, hasta considerarla usurpadora del trono de su sobrino justificando la posterior venganza de éste. Sin embargo, “*el debate actual, más que analizar su reputación personal, se centra en apreciar la dinámica que la llevó al trono y las innovaciones que caracterizaron a su reino*” (Keller, p. 296).

A modo de conclusión, se puede decir que *Hatshepsut: From Queen to Pharaoh* es un catálogo que provee un completo repertorio de aspectos relevantes del reinado de esta figura. Se aprecian imágenes a lo largo de todo el

volumen que respaldan e ilustran lo expuesto en los artículos, la mayoría de ellas tomadas del registro arqueológico. Dada la vastedad de temas tratados, esta compilación puede ser útil para cualquiera que estudie, no sólo el reinado de Hatshepsut específicamente, sino las tendencias artísticas y arquitectónicas de la época, al igual que los asuntos referidos a las formas de legitimación regia y como éstas se expresaban en el Egipto de la dinastía XVIII. Por último, el catálogo provee una lista de bibliografía que permite al lector interesado profundizar en los tópicos tratados.

VIRGINIA LAPORTA y LUCA PIETROSANTI

*Universidad Católica Argentina*

MARIO LIVERANI, *Más allá de la Biblia. Historia antigua de Israel*, Barcelona, Crítica, 2005, pp. xvii + 532. € 29,90. ISBN 84-8432-590-3.

Leer una historia sobre Israel en la antigüedad oriental escrita por el reconocido historiador italiano del Cercano Oriente antiguo Mario Liverani, me ha producido una doble sensación de placer y decepción intelectuales. El placer está dado por la notable condición de Liverani como historiador, circunstancia no menor al tratar temas bíblicos y relacionados con la historia de Israel, ya que la gran mayoría –¡si no la totalidad más absoluta!– de quienes abordan profesionalmente estos temas son ya teólogos, ya arqueólogos, ya filólogos. Esta trinidad de aproximaciones, aunque la encontremos en una sola persona, la mayor parte de las veces pierde la plena perspectiva histórica, aquella que se adquiere con el entrenamiento como historiador. Y Liverani, haciendo buen uso de este entrenamiento, nos presenta una historia renovada del antiguo Israel, una historia que va “más allá de la Biblia”, en tiempos en los que tal tópico parecía imposible luego del debate académico de los años ’90. Por supuesto, este trabajo de Liverani no tiene como público exclusivo a eruditos bíblicos o arqueólogos de Palestina, sino que se presenta como síntesis –aun así, de excelente factura– de los conocimientos históricos de esta región desde la Edad del Bronce Tardío hasta las vísperas del período helenístico, integrando críticamente las tradiciones bíblicas. Ahora bien, la decepción arriba aludida surge del alejamiento parcial, por parte del autor, de los prospectos historiográficos críticos resultantes del mencionado debate académico transcurrido en la última década del siglo pasado. No cabe duda de la postura “centrista” de Liverani con respecto a las polaridades “maximalista” y “minimalista” del debate. Sin embargo, el autor había mostrado en